

Tronar de cañones y batir de sables a las puertas de Moscú

***La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov* es una brillante, vibrante y exhaustiva crónica de uno de los choques más épicos, encarnizados y a la postre determinantes de las Guerras Napoleónicas, clímax de la campaña de Rusia y principio del fin de Napoleón.**



26-6-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica ***La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov***, del historiador georgiano Alexander Mikaberidze.

“Toda nación sufre momentos críticos que ponen a prueba la fortaleza y la nobleza de su alma”. Para Rusia, uno de esos momentos se dio en las cercanías de Moscú el 7 de septiembre de 1812, clímax de la invasión napoleónica que precederá al desgarrador desenlace de esta tragedia, la terrible retirada de Moscú. La batalla de Borodinó, en la que participó más de un cuarto de millón de soldados y dejó tras de sí un campo sembrado de cadáveres, fue uno de los enfrentamientos de mayor envergadura del siglo XIX y uno de los más sangrientos de los anales de la historia militar. Resulta imposible subestimar su importancia en términos militares, políticos, sociales y culturales, por lo que sorprende que el lector occidental haya carecido de un análisis exhaustivo de esta batalla y del imprescindible punto de vista ruso. Hasta ahora.

En este provocador nuevo estudio, el historiador napoleónico Alexander Mikaberidze reconsidera la campaña napoleónica de 1812 y vuelve a relatar la apasionante historia de la batalla de Borodinó, terrible y épica a partes iguales. conjugando con espíritu crítico un abrumador compendio de fuentes francesas, alemanas, británicas y, por supuesto, rusas. Su original y minuciosa investigación proporciona al lector una nueva y fresca perspectiva de la batalla, así como una comprensión más amplia de las razones subyacentes para el eventual triunfo ruso en la campaña de 1812, el principio del fin del poderío napoleónico en Europa.

El libro estará **disponible el viernes 29 de junio**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones julio-diciembre 2018.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



Nacido en Georgia, **Alexander Mikaberidze** es licenciado en Derecho Internacional por la Universidad Estatal de Tiflis. Ha trabajado como experto en derecho internacional en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Georgia (1996-2000), donde se ocupó de las cuestiones de derechos humanos y las relaciones con el Consejo de Europa. En 1999 su interés por el estudio de las Guerras Napoleónicas le llevó a convertirse en uno de los miembros fundadores de la Sociedad Napoleónica de Georgia, dedicada al estudio de la llamada Era Revolucionaria y de la Era Napoleónica. En el año 2000, se trasladó a los EE.UU. para perseguir su sueño de estudiar la Era Revolucionaria (1750-1850). Allí terminó su doctorado en historia en la Universidad Estatal de Florida en 2003 y ejerció como profesor de Historia Europea y del Mundo en la Universidad Estatal de Florida y la Universidad Estatal de Mississippi, además de impartir conferencias de estrategia militar y política para la Escuela de Guerra Naval de los Estados Unidos. Actualmente y desde 2007 ocupa el cargo de Profesor Asociado de Historia en la Universidad Estatal de Louisiana-Shreveport.

Sus intereses investigadores se han centrado, sobre todo, en la Historia militar y diplomática de los siglos XVII-XIX, las Guerras Napoleónicas, la llamada Era Revolucionaria, la Rusia imperial y la Unión Soviética, la Historia de Oriente Medio, especialmente la del norte de Irán, y la Historia del Cáucaso, especialmente la de Georgia.

Alexander Mikaberidze también ha sido editor jefe de la revista de la International Napoleonic Society, *The Napoleonic Scholarship*, además de editor en el Consorcio sobre la Era Revolucionaria. También cuenta con numerosas publicaciones de alto nivel académico, y entre las más destacadas se encuentran: *The Napoleonic War: A Global History*; *The Burning of Moscow: Napoleon's Trial By Fire 1812*; *La batalla de Borodínó. Napoleón contra Kutúzov* y una serie de tres libros titulada *Russian Eyewitness Accounts* que recoge los informes de distintos miembros del ejército ruso durante las Guerras Napoleónicas, concretamente durante las campañas de 1807, 1812 y 1814.

Alexander Mikaberidze es John Elting Award de la Napoleonic Historical Society

SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Soberbio análisis de una batalla crucial, escrito con lucidez, ameno pero detallado y respaldado por una investigación de extraordinaria calidad».

historyofwar.org

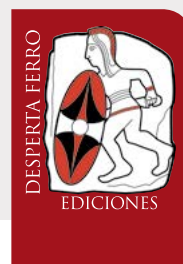
«Este libro tiene todo lo que uno espera de lo mejor de la serie “Crónica de campaña” y de una obra escrita por Alex Mikaberidze, considerado como una de las más destacadas “promesas” de la historia napoleónica. Se trata de una fuente inestimable y una lectura imprescindible».

Avon Napoleonic Fellowship

«[...] intrigas, maquinaciones, xenofobia y puñaladas por la espalda componían el precio diario a pagar entre los más altos escalafones del generalato del zar Alejandro [...] una nueva perspectiva de este relevante acontecimiento gracias a un análisis de las versiones de los historiadores rusos contadas y recontadas durante la era soviética».

Napoleon Series Reviews

DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE

Nota del autor
Prefacio
Agradecimientos

Capítulo 1. Contexto

El camino a Borodinó
Los preparativos de la lucha

Capítulo 2. Crónica de la campaña

Del 2 al 7 de agosto: el motín de los generales
Del 7 al 14 de agosto: al fin la ofensiva
Del 14 al 19 de agosto: Napoleón contraataca.
Las batallas de Krasny, Smolensko y Lubino
Del 20 al 29 de agosto: la retirada continúa
Del 29 al 31 de agosto: en busca de un nuevo comandante
Del 1 al 4 de septiembre: la llegada a Borodinó
5 de septiembre: el preludio de Borodinó.
La batalla de Shevardino
Ejércitos y jefes
6 de septiembre: la víspera de la masacre
7 de septiembre: primera fase de la batalla de Borodinó
(6.00 a 12.00 h)

- Sector norte – El pueblo de Borodinó
- Sector sur – Las *flèches* de Bagration
- Sector central – El primer asalto al Reducto Raiévski
- Sector del extremo sur – La carretera vieja de Smolensko y Utitsa

La segunda fase de la batalla de Borodinó
(12.00 a 18.00 h)

- Sector norte – El raid de la caballería
- Sector sur – La lucha por Semionovskoie
- Sector central – El segundo asalto al Reducto Raiévski
- Sector del extremo sur – La carretera vieja de Smolensko y Utitsa

La tercera fase de la batalla de Borodinó
(18.00 a 0.00 h)

Capítulo 3. Consecuencias de la batalla

Kutúzov se retira
Una victoria pírrica
Bajas
Ida y vuelta a Moscú

Apéndice. Orden de batalla

Glosario
Bibliografía
Índice analítico

PREFACIO

La historiografía rusa sobre Borodinó es indudablemente la más extensa de todas y cuenta con docenas de volúmenes dedicados al tema. A pesar de esto, esta superabundancia de obras no está exenta de flaquezas. La batalla ha sido estudiada muy a menudo desde un punto de vista en exceso patriótico y explotada con fines ideológicos. Muchos estudios de época soviética están escorados en lo referente a la interpretación de los acontecimientos y no son pocos los que contienen exageraciones deliberadas o hechos distorsionados. A menudo se ejercía una gran presión sobre los historiadores a fin de que se conformasen al discurso oficial. Durante la Segunda Guerra Mundial y después, el gobierno de Iósif Stalin trató de representar la lucha contra el invasor nazi asimilándola a la que tuvo lugar contra la *Grande Armée* de Napoleón, y el resto de los historiadores siguieron esta «fórmula» durante décadas.

Destacados historiadores como Zhilin, Beskrovni y Garnich marcaron el tono y emplearon sus carreras en luchar contra los «males de la historiografía burguesa», tan crítica hacia las acciones de los rusos en 1812. Poco a poco se convirtió a Kutúzov en una figura mítica que dominaba su época y a sus contemporáneos, al tiempo que Borodinó se convertía en la obra maestra del arte militar ruso con el propio Kutúzov como su artífice primordial. Así, en la versión de la batalla ofrecida por Beskrovni, «Kutúzov evitó que Napoleón hiciera cualquier tipo de maniobra o cosechara éxito alguno».¹ Garnich afirmó, por su parte, que la victoria rusa sobre Borodinó fue tan decisiva que los rusos

se lanzaron en persecución de las fuerzas francesas que se retiraron durante más de diez kilómetros después de la batalla.²

Este tipo de ideas dominó la historiografía rusa durante casi cuatro décadas y abortó todo intento de estudiar la batalla de forma crítica. Los especialistas trataron de destacar personalmente glorificando las acciones rusas y el papel de Kutúzov en ellas, lo que a menudo llevó a incidentes de lo más cómico. En una reunión académica celebrada en la Universidad de Leningrado, un especialista que estaba presentando su trabajo fue interrumpido por un colega indignado que le espetó: «El camarada Stalin nos ha indicado que Kutúzov estaba “dos peldaños” por encima de Barclay de Tolly, pero en su trabajo usted dice que solo estaba uno».³ De igual manera, algunos académicos tomaron los postulados de Stalin al pie de la letra y se esforzaron por demostrarlos con una fórmula de lo más estrafalaria: Kutúzov estaba dos peldaños por encima de Barclay de Tolly, quien, a su vez, estaba uno por encima de cualquier mariscal francés y se situaba a la altura de Napoleón, lo que significaba que Kutúzov estaba dos peldaños por encima de Napoleón... Semejantes opiniones e ideas sobrevivieron hasta bien entrada la década de 1980 e incluso durante los primeros años de la de 1990: los historiadores continuaban afirmando de forma ditirámica que Borodinó fue una «victoria táctica y estratégica completa» para los rusos, que Kutúzov fue «mejor jefe militar que Napoleón», y que su genio bélico era «muy superior al de Napoleón».⁴

CAPÍTULO 1

Contexto

Al amanecer del día 24 de junio de 1812, una figura amenuda vestida con uniforme y bicornio observaba desde lo alto de una colina el río Niemen. En torno a él, en toda la superficie que podía abarcar la mirada, cada valle, desfiladero y colina estaba cubierto por una enorme hueste vibrante como un hormiguero. Este colosal ejército se desplazaba en tres columnas a través de los puentes que se habían construido la noche anterior. Varios soldados miraban con asombro la distante figura de su jefe, el emperador Napoleón, que observaba en silencio cómo las unidades más adelantadas llegaban casi a las manos por disputarse el honor de ser los primeros en poner pie en suelo extranjero. Más tarde, cerca de Kovno, un oficial francés fue testigo del cruce del río por parte de un escuadrón polaco:

Nadaron juntos hasta el centro del río, pero, una vez allí, la rápida corriente los dispersó [...] Sin remedio a la deriva, fueron arrastrados por la violencia de la corriente [...] [y] dejaron de intentar nadar y de avanzar [...] pero, cuando estaban a punto de hundirse, se giraron hacia Napoleón y gritaron «Vive l'Empereur!».

Estas fueron las primeras bajas de una funesta guerra que terminaría hundiendo el Imperio francés y que cambiaría el curso de la historia de Europa.

EL CAMINO A BORODINÓ

La guerra entre Rusia y Francia no supuso una sorpresa para muchos de sus contemporáneos debido a que, después del Tratado de Tilsit de 1807, las relaciones entre ambos países se habían tensado cada vez más.

El emperador Alejandro I de Rusia no había olvidado las dolorosas lecciones de 1805-1807, cuando sus ejércitos fueron derrotados una y otra vez por Napoleón, y estaba bien al tanto del disgusto generalizado que prevalecía en Rusia, especialmente en el Ejército, sobre la «ignominiosa» paz de Tilsit. La nobleza rusa estaba irritada por lo que percibía como una sumisión de Rusia a Francia, tal como describió el príncipe Serguéi Volkonski:

Las derrotas de Austerlitz y Friedland, la paz de Tilsit, la altivez de los embajadores franceses en San Petersburgo y la reacción pasiva de Alejandro hacia las políticas de Napoleón eran heridas profundas en el corazón de cada ruso. Venganza, y nada más que venganza, era el incommovible sentimiento que nos consumía a todos. Aquellos que no compartían este sentimiento, apenas unos pocos, eran despreciados y marginados [...].

Aunque Napoleón y Alejandro parecían haberse reconciliado en 1808 en Erfurt, las fisuras en su relación se evidenciaron al año siguiente, cuando el segundo se mostró reticente a apoyar a Francia contra Austria. Rusia estaba preocupada por el cariz agresivo de la política exterior de Napoleón, sobre todo tras la anexión de Holanda, las ciudades hanseáticas y los Estados alemanes, entre los que estaba el Ducado de Oldemburgo, cuyo soberano era cuñado del zar Alejandro.

Mientras tanto, el Bloqueo Continental, que Napoleón había iniciado en respuesta al bloqueo británico de 1806, tuvo un efecto profundo en Europa y, en particular, en Rusia.

CAPÍTULO 2

Crónica de la campaña

A pesar de la percepción popular que sobre él hay en Occidente, Kutúzov distaba mucho de ser un hombre torpe y simple. Aunque su carrera se había basado sobre todo en victorias sobre un Imperio otomano en decadencia, resulta difícil soslayar el talento militar de Kutúzov. Era un diplomático astuto y un hábil cortesano que en muy pocas ocasiones desvelaba su verdadero pensamiento y que era capaz de manipular con maña a los que le rodeaban, lo que provocó que Suvórov comentara: «Astuto, es muy astuto, nadie puede jugársela». Era un hombre perspicaz al que sir Robert Wilson encontró «refinado, cortés, astuto como un griego, de una inteligencia natural como un asiático y bien educado cual europeo». Sin embargo, Kutúzov era también un sibarita que apreciaba el poder y los honores, y los efectos de la vida indulgente que había llevado ya eran bien patentes en 1812. Con sesenta y cinco años de edad, Kutúzov había ensanchado desde Austerlitz, caminaba pesadamente, quedándose a veces sin re-

suello, y tenía dificultades para montar a caballo, prefiriendo desplazarse en carruaje. Aunque su rival Bennigsen afirmaba que Kutúzov había perdido el hábito del trabajo mental, tras aquella apariencia adormilada y ausente se ocultaba un juicio penetrante, astucia y paciencia.

Aunque fue aclamado por la sociedad, Kutúzov no fue bien recibido por todo el Ejército. El propio Alejandro no estaba entusiasmado con el nombramiento y le confesó más tarde a su edecán: «La gente quería que se nombrara a Kutúzov y eso hice. En lo que a mí respecta, me lavo las manos». Muchos generales también quedaron desencantados con el nombramiento. Bagration lo describió como un «estafador», Raiévski lo consideraba «mediocre», Milorádovich lo llamaba «pequeño cortesano», mientras que Dojurov lo veía como un «cobarde». Sin embargo, el nombramiento de Kutúzov, un ruso étnico de rancio abolengo y gran reputación militar, logró acallar a los oficiales descontentos.



El comandante ruso, Mijaíl Kutúzov, en la batalla de Borodinó, óleo de Shepelyuk.

CAPÍTULO 2

Ejércitos y jefes

La *Grande Armée* que estuvo presente en el campo de Borodinó era una mezcla de tropas de prácticamente todas las naciones de Europa. Los franceses étnicos suponían únicamente una parte de este gigantesco ejército, mientras que el resto lo componían prusianos, bávaros, westfalianos, sajones, holandeses, suizos, italianos y austriacos, entre otros. El contingente no francés más numeroso lo componían los polacos, que formaban un cuerpo entero bajo el mando de Józef Poniatowski. Demostrarían una y otra vez ser excelentes soldados y permanecieron fieles a Napoleón hasta el último momento. Los italianos formaban el segundo grupo más numeroso entre las tropas no francesas y estaban bajo el mando del príncipe Eugenio, hijastro de Napoleón y virrey de Italia. Tras muchos siglos de división, italianos de diferente extracción y procedencia se encontraban unidos ahora en una sola fuerza y algunos de los oficiales italianos comenzaron a soñar, incluso, con las legiones romanas y con el sentimiento de orgullo nacional que inspiraron en su día.¹¹⁶ Las tropas germánicas procedían del sinnúmero de pequeños Estados que Napoleón había situado bajo su dominio en la última década. Entre ellos estaban los bávaros (los más fiables entre los aliados germanos de Napoleón), los sajones (cuyo soberano terminaría pagando un alto precio por su política profrancesa), los westfalianos (a cuyo rey, Jerónimo Bonaparte, se había enviado de vuelta a casa en un momento anterior de la campaña) y los reticentes prusianos (que estaban representados por algunos regimientos en Borodinó pero cuyo cuerpo principal se encontraba luchando en la Rusia noroccidental).

Con semejante crisol de nacionalidades, cada una con su propia forma de ver la vida y sus objetivos, resultaba difícil mantener la cohesión y la moral. El teniente

Wedel, del 9.º de Lanceros polacos nos lo confirma en sus memorias: «Tres cuartos de las naciones que estaban a punto de tomar parte en el conflicto tenían intereses diametralmente opuestos a aquellos que habían decidido iniciar las hostilidades. Eran muchos los que deseaban de corazón que los rusos venciesen». El sentimiento de unidad y de motivación del ejército se centraba en Napoleón, cuyo legendario ascendiente sobre sus tropas ha sido estudiado en numerosos libros. Esto explica por qué, según Wedel:

Fueran cuales fueran sus sentimientos hacia el emperador, no había nadie que no lo considerase como el más grande y el más capaz de los generales ni quien no sintiera confianza en sus talentos y en el valor de su juicio [...], de esta manera, en momentos de peligro, todos luchaban como lo hubieran hecho por defender sus propios hogares.

Esta opinión se percibe también en el testimonio del teniente Calosso, del 24.º de *Chasseurs à cheval*, que tuvo la oportunidad excepcional de conocer a Napoleón en persona, acontecimiento que, al parecer, le cambió la vida:

Antes de aquello yo admiraba a Napoleón igual que todo el ejército. Sin embargo, a partir de ese día, le consagré mi vida con una adhesión que el tiempo no ha conseguido hacer flaquear. Únicamente me arrepiento de una cosa: de haber tenido solo una vida que dedicar a su servicio.

CAPÍTULO 2

7 de septiembre: primera fase de la batalla de Borodinó (6.00 a 12.00 h)

Sin embargo, tan pronto como los franceses salieron del bosque se toparon con un devastador fuego de metralla que causó unas bajas espantosas en sus densas columnas. Löwenstern, del lado de los cañones rusos, recordaría:

La matanza efectuada por nuestras baterías fue terrible y las columnas enemigas se debilitaban de manera evidente a pesar de los continuos refuerzos que llegaban. Cuanto más empeño ponía el enemigo en su ataque, mayores eran las bajas que sufría.²⁴²

Los franceses se reagrupaban para lanzar un nuevo asalto cuando Compans, que había recibido una herida en el brazo dos días antes, cayó herido de nuevo «junto con sus más valientes soldados» (Ségur). El general Teste le sustituyó y reagrupó a las tropas, apoyado por el 1.º Batallón del 111.º de Línea.²⁴³ Los franceses demostraron un valor extraordinario en el transcurso de este ataque, en especial el 57.º de Línea que, haciendo honor a su apodo *Le Terrible*, avanzó con firmeza con los mosquetes apuntando hacia el enemigo, pero sin abrir fuego a pesar de las crecientes bajas. Lleno de admiración por el valor de estos soldados, Bagration aplaudió varias veces y gritó «¡Bravo, bravo!». ²⁴⁴



Avance del IV Cuerpo de Eugenio de Beauharnais durante los primeros momentos del día contra el Gran Reducto, óleo y gouache sobre papel de Albrecht Adam.

CAPÍTULO 2

7 de septiembre: primera fase de la batalla de Borodinó (6.00 a 12.00 h)

El fuego de mosquetes y artillería se combinó con el combate cuerpo a cuerpo para ocasionar una masacre alrededor de las *flèches*; las pérdidas fueron muy numerosas en ambos bandos. La escena resultó abrumadora para uno de los rusos, que exclamó:

¡Qué día tan horrible! Me quedé prácticamente sordo por el salvaje e incesante estruendo de la artillería de ambos bandos. Nadie prestaba atención a las balas de mosquete que pasaban silbando, chirriando, siseando y lloviéndonos encima como granizo. Incluso aquellos que habían resultado heridos por ellas no las oían, ¡teníamos otras preocupaciones!²⁶⁷

Dreyling, que se encontraba en medio del séquito de Kutúzov, pudo observar desde la lejanía cómo los franceses «avanzaban con indómito coraje hacia nuestras baterías [*flèches*]: inundadas de sangre, fueron capturadas por el enemigo y luego retomadas por los nuestros en numerosas ocasiones».²⁶⁸ Bagration informó más tarde: «La batalla fue la más salvaje, desesperada y mortífera de cuantas he presenciado. Los cadáveres de los enemigos se apilaban [delante de nosotros] y el lugar se convirtió en una tumba para los franceses. Sin embargo, nosotros sufrimos bajas igual de graves [...]».²⁶⁹



La batalla de Borodinó, óleo de Alexander Yuriyevich Averyanov.

CAPÍTULO 2

La segunda fase de la batalla de Borodinó (12.00 a 18.00 h)

El teniente Heilbronner del 4.º de *Cheveau-légers* se encontraba de patrulla a lo largo del río con su compañía, desde donde pudo ver

unas orillas tan escarpadas que me parecía imposible que la caballería pudiera cruzar el río por este punto. Así, me encontraba contemplando la orilla opuesta apaciblemente cuando de pronto esta cobró vida con una colosal masa de caballería enemiga. Un gran número de jinetes parecían buscar un punto por el que vadear el río. De pronto, una larga columna de caballería se acercó al arroyo y, tras bajar al barranco, lo cruzó. Me di la vuelta enseguida para retirar mi compañía, pero ya era demasiado tarde: al poco me vi dentro de un apretado cerco de caballería rusa al ataque y todos nosotros galopamos en desorden a través del bosque. Aquellas eran las tropas de la caballería ligera de la Guardia [rusa] bajo el mando de Uvárov, que había decidido llevar a cabo este ataque para realizar una maniobra envolvente sobre nuestro flanco izquierdo. Me di cuenta de que la caballería del enemigo estaba desorganizada. También resultó un poco ofensivo que la caballería enemiga no se percatara de la presencia de mi pequeño destacamento. Así que me moví entre una resplandeciente escolta de húsares y de cosacos de la Guardia sin que nadie se diera cuenta [...].³⁸⁴

Plátov, informado del avance de Uvárov, ordenó a sus cosacos que se situasen a lo largo del valle y comenzaran a hostigar las líneas enemigas. Los cosacos realizaron varias cargas para tantear las defensas francesas y el atamán informó de que «actuó a la defensiva contra la caballería y la infantería enemigas, que se encontraban en el bosque, y tras varias cargas, logramos que la caballería francesa huyera en desorden y capturamos unos doscientos hombres». ³⁸⁵ Al ver aquella masa de cosacos uniformados de azul y rojo dirigiéndose hacia el enemigo, Glinka recordaría que

todo el valle se inundó de pronto de cosacos del Don. Comenzaron a cabalgar en círculo y a hacer alarde de sus trucos. Las patrullas avanzadas francesas no tardaron en darse a la fuga [pero] los cosacos les pisaban los talones. Franceses y alemanes trataron en vano de ahuyentarlos con sus largas espadas y espolleaban sus robustos caballos [para huir], pero aun así, los cosacos, aferrados a sus monturas, volaban como flechas a lomos de sus caballitos, los envolvían, se precipitaban hacia delante y los aguijoneaban con sus lanzas como avispa rabiosas. Aquello no tardó en parecerse a una cacería de conejos. Los soldados rusos situados cerca de los altos de Gorki [...] contemplaron el valor de los cosacos del Don y los jalearon: agitaron sus manos, se rieron ruidosamente y gritaron: «¡Miradlos, miradlos! ¡Bien hecho, cosacos!», «¡Bravo, cosacos!», «¡No tengáis piedad de los franceses!».

CAPÍTULO 2

La segunda fase de la batalla de Borodinó (12.00 a 18.00 h)



El general Louis-Pierre Montbrun (1770-1812), comandante del II Cuerpo de Caballería de Napoleón.

En torno al medio día, el capitán Biot, que servía como ayudante de Pajol, vio al general Montbrun acercarse a este y fue testigo de la conversación que mantuvieron. Tras intercambiar saludos, Pajol se quejó de que se encontraba tan expuesto que «no hay un solo tiro que no impacte en mis hombres». Montbrun le sugirió desplazarse a la izquierda y ambos generales se dirigieron a inspeccionar el terreno en aquella zona. Biot prosigue:

Y allí estábamos, cruzando el frente de nuestra línea [...] Montbrun iba a nuestra derecha, el flanco donde estaba el enemigo; Pajol, en el centro y yo, a la izquierda. De pronto oí un golpe seco. «Alguien ha sido herido», exclamé. En ese preciso instante, el general Montbrun cayó de su caballo [...].

Una bala de cañón rusa había atravesado a Montbrun de lado a lado, dejándole el hueco de una gran herida que resultó mortal. Los oficiales corrieron a auxiliar al general, pero la herida era demasiado grave. El médico Roos, que fue uno de los pocos testigos de la escena, vio cómo Montbrun «no tardó en ponerse pálido y luego amarillo. Su aspecto vivaz no tardó en marchitarse y sus fuerzas fueron extinguiéndose». Sin embargo, al general le quedó un último aliento para musitar «Buen disparo», antes de quedar inconsciente. Montbrun fue llevado inmediatamente ante el famoso cirujano Dominique Larrey que no pudo hacer nada para salvarle. Larrey comentó: «La bala atravesó la región de los riñones de lado a lado. No se podía hacer nada. La muerte era segura y no tardaría en producirse. Procedí a aplicar un vendaje y ordenar que lo llevaran a una aldea cercana». Allí, bajo la sombra de los árboles y el estruendo de los cañones, Montbrun, de 42 años de edad, exhaló su último aliento sobre las cinco de la tarde.⁴³⁶

CAPÍTULO 2

La segunda fase de la batalla de Borodinó (12.00 a 18.00 h)

Era una misión en la que vencer o morir y Caulaincourt lo sabía bien. Ya fuera debido a una premonición o a una apreciación realista de sus posibilidades, le dijo a su hermano antes de partir: «El combate es tan violento que no creo que nos volvamos a ver de nuevo. O salimos victoriosos o moriré en el intento». De acuerdo con Ségur, Caulaincourt «se encontró con los edecanes del desdichado Montbrun rotos de dolor por la muerte de su comandante. “Seguidme”, les dijo, “no lloréis por él, ¡venid conmigo y vengad su muerte!”». El capitán Coignet de la Guardia Imperial –una fuente no siempre fiable– proporciona más detalles sobre los preliminares de esta carga decisiva. Escribe que Caulaincourt convocó a los coroneles de los regimientos y les transmitió la orden de tomar el reduto: «¡No hay momento que perder! Marchad en cuanto dé la orden y cargad tan pronto como lleguéis a distancia de tiro de mosquete [...]». El asalto se lanzó en torno a las 15.00 y empleó a prácticamente toda la fuerza de caballería aliada. Caulaincourt dirigió la primera oleada, cargando a la cabeza del 5.º y del 8.º de Coraceros, seguidos por los carabineros de Defrance. Poco después, el IV Cuerpo de Caballería también cargó.⁴⁵⁰

Cubierto por el polvo y el humo, el Gran Reduto ofrecía una visión casi irreal: un combatiente alemán (Leissnig) lo comparó con un «concierto infernal» debido a que

la fortificación se iluminaba regularmente por un «resplandor rojizo, como de aurora boreal» a causa del fuego de los cañones. El reduto se encontraba tan dañado que su parapeto estaba prácticamente arrasado hasta el nivel del suelo. Un proyectil de los franceses incendió detrás del reduto un barril de resina que los rusos utilizaban para engrasar los ejes de los cañones: Lejeune pudo contemplar «las llamaras purpúreas que serpenteaban por el suelo como una culebra furiosa que luego se erguía en columnas de humo, proyectando amplias sombras en el suelo». En verdad tuvo que ser impactante poder presenciar como cientos de jinetes de la caballería aliada –con sus resplandecientes corazas, sus espléndidos uniformes y sus altos y llamativos tocados de plumas– cargaban ladera arriba hacia el reduto. Labaume se quedó deslumbrado al ver «la enormidad de aquella masa de hierro en movimiento: el resplandor de las armas y los rayos de sol reflejados en los yelmos y en las corazas, mezclados con las llamaradas de muerte que vomitaban los cañones por doquier, creaba la impresión de un volcán en medio del ejército». Al otro lado del campo de batalla, un oficial de artillería ruso se encontraba igualmente fascinado por cómo «los rayos del sol semiculto se reflejaban en los sables, espadas, bayonetas, yelmos y corazas, creando una imagen tan terrorífica como sublime [...]».⁴⁵¹



Batalla de Borodinó, óleo de Lejeune.

CAPÍTULO 3

Consecuencias de la batalla

Así pues, las bajas estimadas conjuntas de los ejércitos francés y ruso en Borodinó varían entre 60 000 y 110 000, aunque la estimación de 75 000-80 000 parece la más ajustada a la realidad. Es preciso tener en cuenta, no obstante, que esta cantidad representa las bajas sufridas en los combates de Shevardino (5 de septiembre) y de Borodinó (7 de septiembre). Si restamos unas 10 000 bajas por el combate de Shevardino obtendremos unas 64 000-65 000 bajas para el combate de diez horas que tuvo lugar el 7 de septiembre. La cifra de unas 6500 bajas por hora –o 108 hombres por minuto– es estremecedora. Pocas batallas *de un día* nos han dejado un resultado tan calamitoso. Para hacerse una idea de las bajas de Borodinó, resulta esclarecedor el hecho de que ni Rívoli (1797), Austerlitz (1805), Jena (1806), ni tampoco Eylau (1807), Friedland (1807), Salamanca (1812) o Bautzen (1813) pueden rivalizar con esta carnicería. Las batallas *de dos días* como Aspern-Essling (1809), Wagram (1809) y Dresde (1813) alcanzaron un promedio de 22 000 a 40 000 bajas al día. La inmensa «Batalla de las Naciones» de Leipzig, que se produjo en octubre de 1813 y que duró tres días, fue la

mayor batalla del periodo napoleónico, pero solamente alcanzó un promedio de 42 000-45 000 bajas al día. Waterloo (1815), con más de 55 000 víctimas, probablemente se trate de la segunda batalla más sangrienta *de un día* del periodo napoleónico. Si miramos hacia otras épocas, debemos descontar las batallas de la antigüedad debido a la falta de cifras exactas. Podríamos hacer una excepción, no obstante, con la batalla de Cannas, en la que el general cartaginés Aníbal derrotó al ejército romano y que se saldó con más de 70 000 bajas entre ambos bandos. Solamente podemos encontrar ejemplos similares ya en el periodo moderno, puesto que las guerras del Medievo y del Renacimiento apenas produjeron carnicerías de una escala comparable. Es cierto que la Tercera Batalla de Nanjing y el primer día del Somme (1916) eclipsaron a la de Borodinó por su coste en vidas. No obstante, las batallas de Stalingrado (165 días en 1942-1943) y de Verdún (297 días en 1916), que han sido las batallas más sangrientas de la historia de la humanidad, y que se cobraron hasta 2 000 000 y 720 000 vidas respectivamente, tuvieron promedios de bajas diarias inferiores al de Borodinó.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

